

## **DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Deuteronomio 18, 51-20): *Suscitaré un profeta de entre sus hermanos.*

**Salmo** (94, 1-2.6-7.8-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor»*

**2ª lectura** (1ª Corintios 7, 32-35): *Os digo todo esto para vuestro bien.*

**Evangelio** (Marcos 1, 21-28): *Hasta los espíritus inmundos le obedecen.*

Nuestro mundo está necesitado de profetas. No profetas que nos recuerden catástrofes y miserias, sino profetas que anuncien paz, alegría y esperanza, sobre todo en este tiempo que por causa de la pandemia estamos viviendo, más bien sufriendo. No profetas que sean la voz de los amos del mundo, sino profetas que hablen con autoridad, seguridad y transparencia, a los que merezca la pena escuchar. Los profetas que necesitamos no son aquellos que ven el futuro y lo predicen. El profeta que necesitamos es aquel que ve el presente a la luz de la palabra de Dios; el que sabe ver más allá de las apariencias, el que ve en la historia de la humanidad la mano y obra de Dios; el que sabe discernir para proponer lo necesario para el hombre de hoy.

A la cultura en la que vivía Jesús, entre las muchas características que la definen, se la puede calificar como espiritista. Cultura muy distinta de la nuestra. Las actividades de Jesús no son una teoría, como no lo es el Evangelio. Es una actitud liberadora de una larga lista de las acciones que realiza Jesús: Cura enfermos, da de comer, defiende a los débiles, convive con los pobres... Jesús comienza su misión expulsando los demonios de un hombre. Lo que entendemos por “*diabólico*”, en cualquiera de sus expresiones, es lo que descentra y despista al ser humano. Hoy estos “*diablos*” tienen expresiones que pueden pasar desapercibidas: el poder, la xenofobia, el ansia de dinero... son realidades diabólicas. Estas realidades nos pueden descentrar y desequilibrar. Hoy, como siempre, necesitamos que alguien nos diga: **“¡Cállate y sal de ese hombre!”**. Cuando nos acercamos con sinceridad de corazón a Cristo suena en nuestro interior ese «¡Cállate y sal de nosotros!».

Necesitamos a Jesús, Él sabe liberarnos de nuestros males y darnos la salud / salvación. Une a sus palabras la acción liberadora. Transmite la voluntad de Dios, unas veces apoyando las actuaciones de los hombres, otras poniéndolas en cuestión. Jesús se presenta con un nuevo decir y con un nuevo hacer. Es distinto, y muy necesario. Depende ahora de nosotros el oír su llamada, escuchar sus palabras y ver con ojos curiosos su actuación. No cabe duda que cuando nos habla o actúa se mueve algo en nuestro interior. Si lo que dijese o lo que actuase fuese intranscendente todo seguiría igual.

¿Y no es eso lo que nos pasa a nosotros? Lo que hacemos y lo que decimos como cristianos, o como Iglesia, a nadie llama la atención. No hablamos con la autoridad moral suficiente. La mayor parte de las veces nuestras palabras no se corresponden con nuestros hechos. Pero valoremos lo que hacemos bien, en nuestra Iglesia y en nuestra comunidad parroquial hay personas, grupos, organizaciones muy valoradas y respetadas por la sociedad. Seamos nosotros también así.

Si el camino que recorremos cada uno es el de la fe, nuestro camino y nuestra vida es Jesús. Él siempre toma la iniciativa, sale a buscar, y enseña de un modo nuevo. Los que se encuentran con Jesús pueden decir ¡esto es nuevo! Jesús une a sus palabras los hechos liberadores y esto convence a cualquiera. Las “*obras y los amores*” sí que salvan y curan. No es extraño que ante Jesús las gentes puedan decir que sí, que Su enseñanza está llena de autoridad y de fuerza. Este sí que es el Maestro.

Para que quede claro que Jesús es el Amor del Padre ahí está el mandato al espíritu inmundo: **¡cállate!**, deja de esclavizar al hombre, al hijo querido de Dios, porque en nosotros está la dignidad y la vida. No hay lugar para el mal en la vida del hombre, somos los favorecidos de Dios y hemos sido creados para la plenitud. Claro que aquello no lo había visto nunca la gente y, ante el actuar de Jesús se quedan pasmados y confiados. Si decimos y creemos que Jesús nos enseña el Camino de la vida –y decimos bien porque es el Maestro– estamos llamados a responder. Y descubriremos que, en Jesús, tenemos delante la novedad que Dios nos da, y que nos lleva a la obediencia y a la fe.

Bien rezamos en el Salmo 94: **«¡Ojalá escuchemos la Voz del Señor!»**. Con tantas voces y palabras que nos llaman, a veces dejamos de lado la Palabra. Jesús es Palabra y queremos escucharlo. Mirad que acciones se derivan de esa escucha: no endurecer el corazón; aclamar y dar gracias; postrarse con gratitud y sentirse partícipes de su pueblo. En verdad nadie da más vida en el camino de la vida. Pero esto no se hace solo con buenas intenciones. Hay que, de verdad, hacerlo vida para que sea vida para los demás. La llamada se hace respuesta con fidelidad, con entrega, sin falsas excusas ni oposiciones. Fieles en la vida ordinaria, en el quehacer concreto. En medio del mundo, como la sal y la levadura, para transformarlo todo. Para ordenar las realidades humanas según Dios, o sea, para poner a Dios (y a la persona) en el centro de la vida. Vivamos con entrega y fidelidad.

Muchos profetas nos llaman. Algunos quedan en nada, porque sus palabras carecen de autoridad. Dios Padre pone entre nosotros a otros que trayendo sus palabras a nuestra vida nos llaman a la entrega a favor de una Iglesia y de un mundo nuevo, el mundo de Dios. Ánimo, hermanos, que Dios apuesta por nosotros. Respondamos a su llamada y hagamos de su mensaje la norma de nuestra vida.